



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Licenciatura en Psicología

Trabajo Final de Grado

Las grupalidades como faros afectivos para sostener la vida

Ensayo Académico

Tatiana Franchi Barrero CI.: 4.751.008-0

Montevideo

Octubre 2025

Docente Tutora: Mag. Prof. Adj. Ana Carina Rodríguez

Docente Revisora: Prof. Ag. Dra. Gabriela Etcheverry Catalogne



Me convoca.

*Me habitan resonancias, son encuentros,
relevos de lo indeterminado, una fuerza clara de lo no abarcado,
escrituras que intentarán, por momentos, decirlo todo.*

Pero resulta imposible (termino en un momento por comprenderlo).

Se trata de una composición de fragmentos.

De lo académico a aquello que se ensaya una y otra vez.

*Esferas posibles de detenimientos,
el sin sabor de lo incompleto,
continuidades pensantes.*

*Propio de lo discontinuo, la ilación, lo que se escucha, lo que me inquieta
la torpeza de un inicio que enseguida desencadena luchas por encontrar un orden.*

*En estas páginas descansan lecturas, ideas, conexiones, pensamientos
en estas páginas se atisban insinuaciones por hallar
en un presente, por momentos, asfixiante
repertorios ilusorios de lo común.*

Lo común aquí gravita.

Lo grupal aquí habita en sus múltiples insistencias.

*Se contempla lo que persiste y me recuerda que nombrando
brotan modos de estar,
sentir,
pensar.*

En común.



Resumen

Este trabajo parte de la convicción de que en ciertos momentos de la vida necesitamos del sostén del otro: la escucha, la mirada, el acompañamiento empático. A través de mi experiencia en el Practicantado en la policlínica de Buceo, Montevideo, y en contacto con personas en situación de uso problemático de sustancias psicoactivas, emerge una inquietud central: la ausencia de espacios grupales que acompañen los procesos individuales. Los relatos de los usuarios dan cuenta de un vacío en lo grupal, no solo como carencia estructural, sino como reclamo afectivo. Es así que me propongo pensar la grupalidad como potencia, como lugar de sostén, intercambio y resistencia frente al aislamiento promovido por la subjetividad neoliberal. Desde allí, se explora el grupo como espacio de cuidado y transformación, como "faro" en medio de contextos adversos, habilitando la reconstrucción de sentidos colectivos. Se articula una mirada que entrecruza psicología, filosofía política, feminismos y teoría de los afectos, con autores como Spinoza, Deleuze, Rolnik, Butler, Laval y Dardot. La grupalidad es entendida no solo como herramienta terapéutica sino también como espacio ético y político que repara la pérdida de lo común, reinstalando lo colectivo como posibilidad vital. Esta tesis es también un recorrido personal y situado, en el que se interrogan los modos de acompañar y el lugar del saber psicológico en estas prácticas. El objetivo no es cerrar la reflexión, sino abrir preguntas que permitan seguir pensando la grupalidad como posibilidad transformadora en los tiempos que corren.

Abstract

This thesis is grounded in the conviction that, at certain moments in life, we require the support of others: attentive listening, recognition, and empathetic accompaniment. Based on my internship experience at the Buceo Polyclinic in Montevideo, and through engagement with individuals facing problematic use of psychoactive substances, a central concern arises: the lack of group spaces to accompany individual processes. The narratives shared by users reveal not only a structural absence but also an affective demand for group-based engagement. In this context, I propose myself to think about groupness as a power, as a space of support, exchange, and resistance against the isolation promoted by neoliberal subjectivity. From this perspective, the group is explored as a site of care and



transformation, as a “beacon” amid adverse conditions, enabling the reconstruction of collective meaning. This work articulates a look that intersects psychology, political philosophy, feminism and the theory of affects, with authors such as Spinoza, Deleuze, Rolnik, Butler, Laval and Dardot. Groupness is understood not only as a therapeutic tool but also as an ethical and political space that repairs the loss of the common, reinstating the collective as a vital possibility. This thesis is also a personal and situated journey, in which the ways of accompanying others and the place of psychological knowledge in these practices are interrogated. The goal is not to close the discussion, but rather to open questions that allow us to continue thinking about groupness as a transformative possibility in current times.

Palabras clave: grupalidad, perspectivas de lo común, sujeto Neoliberal, intervenciones terapéuticas.

Keywords: groupness, perspectives on the common, Neoliberal subject, therapeutic interventions.



Índice

En el umbral de la reflexión.....	5
Donde habita el argumento.....	9
El sujeto neoliberal como ente aislado y responsable único de su destino.....	9
Grupalidad y Política de los Afectos.....	16
¿Se puede hablar de una especie de pérdida de lo común?: Perspectivas.....	20
Voces de lo común en clave feminista.....	23
Lo común renace en las grupalidades.....	27
Apreciaciones del acontecer grupal.....	31
Grupalidad como territorios terapéuticos.....	35
Más que una conclusión, lo que no cesa de perpetuar, lo inacabado.....	40
Referencias.....	44



En el umbral de la reflexión

La idea principal que recorre este trabajo entiende que hay en nuestros trayectos, momentos donde necesitamos del sostén de otros, de su acompañamiento, del reconocimiento a través de la mirada y la escucha de personas con las cuales compartir lo que nos duele. Estas se tornan un brazo desde donde agarrarse para continuar caminando. Necesitamos crear lazos de empatía, de comprensión dialógica, generar ganas de estar, espacios para ser aquello que estamos siendo, y con ello la potencia que sucede cuando también esos otros, experimentan similares dolencias en sus vidas. Que permitan los encuentros divisar a través de los obstáculos, un horizonte posible y compartido. Al relatar esto, pienso en la idea de grupo, de grupalidad; una red que contiene, y en el mismo movimiento está sujetada por las partes que la componen. Pretendo acercarme a una construcción del pensamiento que entienda la grupalidad como una práctica transformadora, de sostén, de apoyo; aquella que acompañe los procesos individuales.

Pero antes de comenzar, quisiera expresar como se me presenta en el cuerpo desarrollar esta tesis, queriendo todo el tiempo correrme en un ir y venir entre aquellas voces que demandan, configurándose protagonistas de este entramado. Así, haciéndolas reflexiones, me encuentro inmersa en una época que nos demanda y me coloca en un rol, por momentos, de espectadora. En el intento que al ser mis palabras las que aquí se dejan ver, no es más que plasmar por escrito lo que sucede en las vidas de aquellas personas, que a través de sus palabras expresan que vivir es "vivir en una especie de supervivencia". Ubicando un determinado momento en que el suelo firme comienza a disolverse. Y en ese momento reconocer la necesidad que habitan ciertas existencias, consecuentes de lo contemporáneo que hace mella.

En el mes de julio de 2024 comencé mi práctica de graduación en el marco del Practicantado, convenio que la Facultad de Psicología acordó con la Intendencia de Montevideo. Es desde allí que aparece el deseo de expresar en mi trabajo final de grado, diversos sentires que se me han presentado en esta experiencia, como también en aquellas vivencias compartidas por mis compañeros de práctica, como desde el equipo.

Una de las líneas de trabajo que desarrollamos en la práctica, estuvo conformada por dispositivos de atención individual en Uso Problemático de Sustancias Psicoactivas, que tomaron cuerpo en las policlínicas, en mi caso, en la policlínica de Buceo. Este dispositivo



funciona un día a la semana, en el que acompañé al equipo conformado por una psicóloga y una médica familiar comunitaria.

Desde lo cual, me surge la idea de pensar la falta de lugares que oficien de sostén en su modalidad grupal, que se han dejado ver en estos encuentros desde diferentes relatos. Conformándose los mismos como demandas de los propios usuarios. Si bien esto puede parecerse a una simple expresión no deja de ser un pedido, un reclamo sobre una falta que me hacen saber los protagonistas y me es difícil no nombrar. Es así que aparece una inquietud propia y compartida con el equipo, de un vacío de grupalidad, de grupos que acompañen los procesos individuales. Lo anterior me permitió visualizar la importancia que pueden tener los mismos. Siendo los propios usuarios los que en la búsqueda de grupos han experimentado vivencias no gratificantes, así como experiencias gratificantes que han sido de mucho apoyo, pero que asimismo escasean.

De esta forma es que estoy pensando lo grupal como el conjunto de personas que ofician de lazos afectivos para sostener la vida. Allí donde falten referentes afectivos que acompañen ciertos dolores. Y qué sucede cuando quienes forman parte de una grupalidad pasan por similares experiencias, adentrándome así a las propias lógicas de las grupalidades. ¿Cuál es la potencia de la grupalidad? Quizás el hecho de compartir las vivencias en común, la comprensión desde experiencias similares, en el entendimiento mediante aquello que se transitó individualmente pero a la vez de forma colectiva. Con la ilusión que deje en algún momento de ser visto como algo de lo singular y se entienda como una cuestión de lo estructural colectivo. Desde esto crear y creer en la posibilidad de conformación de grupos, permitiéndome llamarlos "faros". De esta forma desarrollar ¿qué es eso que tiene para ofrecer la grupalidad?, ¿por qué me interesa que estos espacios existan?, ¿qué se despliega en las mismas que puede oficiar de potencia en los tiempos que corren?

A lo largo del pienso y la escritura que esta tesis me implica, consideré oportuno contextualizar y por tanto problematizar el momento tan particular que estamos viviendo. Cómo se desprenden determinantes que diagraman una subjetividad actual, que termina por favorecer fragmentaciones de los lazos sociales por encima de los encuentros. Con ello una observación necesaria de poner en el centro de análisis al sujeto neoliberal, y lo que este ataña.



En el contexto del capitalismo tardío, el sujeto neoliberal se constituye como una forma subjetiva moldeada por lógicas de mercado, un sujeto eficiente y de autogestión permanente. Este se percibe a sí mismo como empresa, responsable absoluto de su éxito o fracaso, desdibujando las dimensiones colectivas, estructurales y sociales de la existencia (Dardot & Laval, 2013; Han, B.-C., 2014). Allí es donde las grupalidades aparecen para interrumpir este aislamiento, para insistir por reinstalar el reconocimiento del otro, abriendo una zona de producción colectiva de sentido.

Para pensar y desarrollar la idea de grupalidad que se me antoja necesaria considerar, integraré de forma insistente una política de los afectos sobre esta especie de pérdida de lo común. Una política de los afectos, que autores como Annabel Lee Teles, Baruch Spinoza, Gilles Deleuze, Félix Guattari, Suely Rolnik, Judith Butler¹, entre otros, la describen como fuerza colectiva, producción de subjetividad, una forma de resistencia. Ubicando a los afectos como organizadores de lo social y motores de acción. Es una mirada crítica que une filosofía, feminismo, estudios sociales y culturales para comprender el papel de lo afectivo en la configuración del mundo contemporáneo. Afianza un pensamiento y una experiencia de nosotros mismos como seres entramados afectivamente unos con otros.

Así también tomaré contacto con perspectivas que problematizan conceptualizaciones de lo común. Reparando en la falta de espacios grupales, se desprende la pregunta; ¿Se puede ver aquí una especie de pérdida de lo común? Y cuando entro en dichas conceptualizaciones, es Baruch Spinoza (1980) quien entiende que existe un común que oficia de potencia en las singularidades, pero también como potencia de transformación. Este refiere a una potencia común, gracias a la cual la multitud combate la pobreza y crea riqueza común, es para Baruch Spinoza la principal fuerza que sostiene la posibilidad de la democracia. Asimismo, para pensar lo común Christian Laval y Pierre Dardot, ponen el foco en lo común como principio político, interrogando la validez de la democracia en la búsqueda de alternativas al capitalismo, apunta a ser crítica con la función del Estado, con el debilitamiento de las democracias, en el sentido de la posibilidad de sostener espacios de vida por fuera del mercado.

Y es en este entrecruce de perspectivas, donde me pregunto, si esta *posibilidad de democracia* de la que habla Baruch Spinoza se relaciona con el *debilitamiento de las democracias* desde la perspectiva de Christian Laval y Pierre Dardot.

¹ Se ha optado por consignar los nombres completos de las autorías citadas, con el fin de promover una representación más equitativa y contribuir a la visibilización de las mujeres en el ámbito académico.



Para continuar problematizando en cómo los grupos pueden favorecer los recorridos, me resulta interesante repensar el aporte de la psicología desde las grupalidades a disposición de las subjetividades actuales. Y en este sentido, hacerme otras preguntas; ¿Son grupos terapéuticos o simplemente grupos de pares?; ¿Qué profesionales sostienen estos grupos?; ¿Cómo se posiciona el saber de la psicología al acompañar los grupos?; ¿Son los grupos un acompañamiento necesario para sostener los procesos terapéuticos? Se torna necesario analizar qué tipo de grupalidad estoy pensando, cuál es aquella que la psicología tiene para ofrecer, qué hay de terapéutico en lo grupal o viceversa.

Asimismo, se camuflan de manera interpelante, algunas perspectivas y enfoques que transversalizan el presente trabajo de tesis. Una perspectiva feminista que se integra como configurante de la temática de los cuidados y lo afectivo. Un enfoque que me guía en cómo poder hablar del otro sin ser ese otro, cómo esbozar lo que creo importante para el otro. Poder explayarme de forma libre pero con los cuidados necesarios, un enfoque que me haga tener presente todo el tiempo mi lugar y mis consecuentes reflexiones. Traer al presente y poder narrar aquellas urgencias y demandas. Y desde estas abrir la posibilidad de pensar con un otro; co-construir, considerar cada caso desde su singularidad.

Adentrarse a desglosar lo que tiene para ofrecernos la grupalidad y qué sucede en esa amalgama, es consecuente a no perder de vista la producción de subjetividad propia del mundo del capitalismo actual, y en ese mismo movimiento abrirnos a la posibilidad de constituir otros modos de estar. De este modo cuestiono acerca del funcionamiento de estos espacios y de la generación de lugares para hospedar los dolores que llevamos puestos. Intento un final abierto, con una apertura que permita seguir problematizando y recorriendo la temática. Será en este recorrido a través de algunas líneas, que se construyen casi por sí solas la elaboración de preguntas que en su despliegue van emergiendo, en el intento de dialogar constantemente con la idea de lo grupal. Es así como mi tesis es producto de un itinerario tanto pasado como presente, alimentado de interrogantes que van haciendo de guía.



Donde habita el argumento

Para pensar a la grupalidad como una práctica transformadora, de sostén, de apoyo, me pregunto: ¿Qué tiene para ofrecernos la conformación de grupos? y poder entender de esta forma a las grupalidades como *faros afectivos para sostener la vida*.

Depositar mi pienso en la grupalidad tiene su comienzo a propósito de la preocupación por los no espacios grupales pero también reparando en una posible pérdida de lo común como problema intrínseco de la sociedad contemporánea. En mi deseo que acompaña la elección de la pregunta para esta tesis, aparecen a su vez muchas otras; ¿Qué interjuego existe entre estos no lugares de lo común y las subjetividades actuales? ¿Cómo se tensiona el sujeto neoliberal con las prácticas grupales? ¿Qué aspectos componen las grupalidades?, ¿Se produce una potencia dentro de estas?

El sujeto neoliberal como ente aislado y responsable único de su destino

Estamos frente a un dispositivo colonial capitalista, el cual persigue mediante sus efectos tóxicos la separación de la subjetividad de su fuerza pulsional de germinación. Se estanca así la potencia deseante de creación de mundos en los cuales se disolverían los elementos de la cartografía del presente, donde la vida se encuentra asfixiada. De este modo, "la subjetividad se encuentra reducida al sujeto, así es como el deseo tiende a desviar esa potencia de su destino ético, con la esperanza de asegurarle su supuesta estabilidad y su sensación de pertenencia" (Rolnik, 2019, p. 69). El sujeto se ve sometido a fuertes exigencias de autonomía, siendo responsable de su biografía, identidad y futuro, a través de un proyecto reflexivo y autónomo (Beck, 1997 en Montenegro et al., 2014; Giddens, 1995; Rolnik, 2019). La racionalidad neoliberal produce un sujeto ansioso, culpable y permanentemente endeudado con su propio ideal, atrapado en un proceso incesante de autoevaluación, perfeccionamiento y rendimiento personal.

Esto es conseciente a la ruptura de los lazos sociales que nos aboca a una sociedad líquida (Bauman, 2004) donde la libertad derivada de la disolución de los amarres sociales nos desvinculan del resto de nuestros pares al tener que, obligatoriamente,



construirnos en función de un determinado proyecto individual. Las redes sociales se desmiembran y la vida se transforma en un proyecto personal en la que se es responsable individualmente de los éxitos y fracasos.

Tal precarización, sumada a una supuesta autonomía, deja a las subjetividades más traumatizadas e imposibilitadas de actuar. Es así como la potencia colectiva de creación y cooperación es canalizada para sostener y alimentar el statu quo, ya sea mediante la apropiación de la fuerza de trabajo o del consumo desenfrenado. Una subjetividad reducida al sujeto, que ha perdido la conexión con la vida y cuya ceguera nos lleva a un miserable narcisismo devastador (Rolnik, 2019).

Es así que nos encontramos situados frente a una tradición occidental que ha insistido en un modo de individuación basado en la identidad y la separación. Y que interactúa intensamente con los procesos de creación de esa identidad. Las formas de saber y organización consideran a los individuos como ya constituidos, y separados entre sí. A partir de ello, se generan modelos relationales que establecen segregación y jerarquía entre los seres, llevando a la fragilización y fragmentación de las relaciones comunitarias, dando forma a lo que entendemos por sujeto neoliberal (Lee Teles, 2020; Montenegro et al., 2014).

La imagen del sujeto neoliberal se percibe como la construcción de un sujeto que se autoinventa y autotransforma a sí mismo, sin el reconocimiento del vínculo y de la necesidad hacia los otros (Garay, 2001). Es un sujeto normativo, que se basa en el ideal de independencia y autosuficiencia. Compuesto por tres elementos centrales, una conciencia que se bastaría a sí misma, sin reconocer la mediación de Otro; la anulación de la dimensión colectiva; y la afirmación de la autosuficiencia basada en la negación de los lazos físicos y psico-afectivos necesarios para sostener la vida cotidiana (López-Gil, 2014; Pérez-Orozco, 2006). Estamos frente a esquemas de separación que la grilla de inteligibilidad hegemónica impone sobre nuestras vidas, trayendo consigo aislamiento y separatividad entre las personas.

La noción del sujeto autosuficiente termina por configurarse en un individualismo que genera formas de vincularnos a distancia, donde se percibe la experiencia de fuertes soledades. Estas no se definen, dirá Marcelo Percia (2002) por la presencia o la ausencia de otros sino por la actitud de escuchar. Diego Chamy (2009 citado por Lee Teles, 2020)



dirá de estas distancias que “cuando más en soledad creamos estar, más funcionales seremos a un ordenamiento social que ignora o desestima la trama afectiva y más chances habrá de que acabemos aceptando esa visión del mundo” (p. 19). Afirmando esta idea Annabel Lee Teles (2020) da cuenta que esta soledad no es propia de lo humano, sino un efecto de la presente producción subjetiva de un modo de pensar, sentir, de percibir, de hacer. La cual se genera gracias a las difíciles condiciones de existencia, que insiste cuando no logramos encontrar las resonancias afectivas.

Otra de las grandes dificultades es la singularidad de los afectos. La falta de lugar en nuestra dinámica colectiva sobre cuestiones que den cuenta de cómo nos encontramos, de conocer nuestras motivaciones, angustias, deseos, miedos, estrés, en singular. En la sociedad que habitamos, mostrarnos vulnerables está mal visto, expresar la necesidad de cuidado en ciertos espacios colectivos se confunde con una debilidad individual.

Suely Rolnik (2019), en *Esferas de la insurrección*, articula una profunda crítica al estado actual del mundo, marcado por el avance de fuerzas autoritarias y capitalistas. Describe una colonización a partir de la cual el deseo se alinea con las lógicas del capitalismo neoliberal, promoviendo la competencia, la individualización y la explotación. La autora describe al sujeto neoliberal como un zombi que utiliza la mayor parte de su energía pulsional para producir su identidad normativa: angustia, violencia, disociación, opacidad, repetición. Afirmando que estos son los costes que la subjetividad colonial-capitalística se encuentra pagando para poder mantener su hegemonía. De esta forma estamos en presencia de una subjetividad que interpreta el malestar como amenaza de desagregación y lo transforma en angustia. Un síntoma que luego debe ser diagnosticado por un manual de enfermedades mentales, tratado con fármacos, y finalmente soterrado en beneficio de la reproducción de la norma. Es así “como la potencia del deseo es desviada de su destino ético, activo y creador para ser apropiada por el capital y convertirse en potencia reactiva de sumisión” (Rolnik, 2019, p. 77).

La autora nos invita a observar que allí donde percibimos formas de relacionarnos que tienden a separar los cuerpos, a desconfiar de los demás, a proponer procesos individualistas, debemos hacerle frente con prácticas sensibles y colectivas que reabren el campo del deseo y de lo común. Hacernos de herramientas para resistir desde el plano micropolítico y afectivo.



Peter Pál Pelbart (2009) divisa como sobre estas subjetividades se ha venido generando un secuestro de lo común a partir de la ambición de consensos y totalizaciones que funcionan de manera trascendente, al tiempo que se observa un colapso de ciertas formas de asociación que producían soporte a la existencia. Queda a la vista que lo que está en juego es una idea de unificación de la subjetividad que se aparta de la conjugación de singularidades en composiciones heterogéneas.

En similar dirección Paolo Godani (2016), propone ubicar contemporáneamente un dispositivo al cual nombra como dispositivo de individualización, que se acopla con las tecnologías de poder, desde donde se establece una relación con la crisis de lo común, –dicho anteriormente– autores como Peter Pál Pelbart (2006) han hecho referencia, pensando el predominio de la idea de individuo como una negación de la naturaleza común de lo humano. Este despliegue del individualismo que recorre nuestras vidas y las configura de ciertas formas, hace ver cómo estamos viviendo en un mundo que, para muchas personas en ciertos momentos, no resulta hospitalario. Aún así, hay una lógica que subyace a la producción de los “comunes” frente a la lógica de las relaciones capitalistas, que describe las condiciones bajo las cuales estos se convierten en las semillas de una sociedad que trasciende al mercado y al Estado. Nos encontramos ante una crisis civilizatoria, desde la cual estamos obligados a repensar las relaciones de las personas entre sí, y las formas creativas de hacerle frente a lógicas operantes que oprimen nuestra existencia.

Llevamos siglos de cuerpos dolientes, de búsquedas infructuosas de libertad, de justicia. Nos sentimos exhaustos, por momentos dudamos en abandonar el anhelo de las transformaciones, de la insistencia de lo nuevo, para terminar por aferrarnos a las normas habituales de vivir, a subsistencias conocidas, a vidas diagramadas por rutinas infundidas. Sin embargo, se divisan atisbos de resistencia. Necesitaremos de transformaciones que adquieran un carácter emancipatorio y constructivo, las cuales disuelvan las formas endurecidas que inhiben la movilidad del devenir (Lee Teles, 2020).

En el agotamiento de las formas de vida contemporáneas, nos hallamos forzados a pensar una y otra vez que esta misma es transformación permanente. Lo cual nos lleva a ampliar los marcos interpretativos sobre las diversas dependencias, permitiendo visualizar y reconocer todas aquellas actividades y necesidades, afectos y materialidades que hacen posible la existencia. El reconocimiento de nuestras fragilidades y la necesidad de vínculos



de sostén, ponen en el centro la vida en común como una necesidad de primer orden, así como herramienta para el cambio (López-Gil, 2014).

Sabemos que cuando compartimos la vulnerabilidad nos hacemos más fuertes, y podemos reapropiarnos del dolor de manera colectiva, subvirtiendo el orden de lo posible. Término por comprender que una de las apuestas para superar la lógica individualista de subsistencia, recae en la creación de espacios grupales. Como señala Judith Butler (2012), estos representan una oportunidad para la construcción de fortalezas ancladas en la interdependencia y vulnerabilidad de los cuerpos. Los cuales se construyen sobre una comunidad de espacio-tiempo y materialidades compartidas, a partir de necesidades comunes, en un habitar colectivo (Pérez-Orozco, 2015). Volviendo a Judith Butler (2010) es quien enfatiza en la noción de interdependencia para reconocer los vínculos que nos constituyen y exceden en nuestra cotidianidad. Esta noción, dirá la autora que actúa como nexo de redes y condiciones sociales que hacen posible una vida. Se establece entonces el reconocimiento de un vínculo multidimensional de materialidades y afectos, una forma de ampliar "los esquemas normativos de inteligibilidad que establecen lo que va a ser y no va a ser humano, lo que es una vida vivible y una muerte lamentable" (Butler, 2006, p.183). En este sentido, el reconocimiento de la vulnerabilidad de nuestra existencia, se vuelve uno de los aportes centrales para un cambio ontológico.

Mirar la vida desde la interdependencia es una forma de pensar las relaciones desde la reciprocidad, entendiendo que todas necesitamos cuidados y podemos dar cuidados. Lo cual también nos permite socializarnos desde la mirada hacia el/la otro/a, desde la colaboración y el sostenimiento de los cuerpos. Como señala Yayo Herrero (2016): colocar la vida en el centro significa comprender el valor de la cooperación y del apoyo mutuo. Por tanto, es una experiencia práctica esencial para la valorización de la vida y para la reconstrucción de las sociedades. Construir esta mirada integral permite centrarse en la resolución de las formas de sostener la vida, elaborando otra perspectiva para la organización social y generando visibilidad sobre lo que habitualmente no se nombra.

Dentro de estas apuestas se pueden ver diversidades de líneas que insisten en fugarse de esto que opprime y segregar. Sin más, la Psicología Social Comunitaria es quien ha tratado mediante sus estudios de potenciar la capacidad de acción de la comunidad para la transformación social. Observando como la profundización de los procesos de fragmentación y desvinculación social son los que dificultan la construcción de valores e



intereses comunes sobre los que se construyen y constituyen la base para una acción colectiva (Montenegro et al., 2014).

En este mismo sentido, la revolución que anuncia Suely Rolnik (2019) es la gestión colectiva y creativa del malestar para permitir la germinación de otros mundos. Se tratará de permanecer juntos, para poder imaginar estrategias colectivas de fuga y de transfiguración. Reapropiarse de la fuerza vital, frente a la expropiación por parte del régimen colonial-capitalístico, a fin de "renombrar, sentir y percibir el mundo" (Rolnik, 2019, p.15). Una práctica cuya razón de ser es precisamente crear escenarios que nos traigan de vuelta el buen vivir. La autora expresa, que son estas acciones del deseo las que consisten en actos de creación que se inscriben en los territorios existenciales establecidos y en sus respectivas cartografías; rompiendo así la pacata escena de lo instituido.

¿Será que la forma de resolver esta cotidianidad pasa por la constitución de un espacio común? Aquel que permita compartir necesidades, superando la racionalidad individualista del contexto actual y su lógica mercantil. Pensado como un proceso abierto, de aprendizaje y experiencias compartidas, intentando escapar a la idealización (Pérez-Orozco, 2015; Rolnik, 2019). La apuesta que han introducido quienes insistieron e insisten en esta construcción de sentidos, es ir poco a poco colectivizando todas las esferas de la vida cotidiana, poniendo en común afectos y materialidades. Allí, existe un horizonte compartido en la idea de poner la vida en el centro, todas las vidas (Herrero, 2016). Se hace énfasis en visibilizar la interdependencia y valorizar las distintas tareas y trabajos que sostienen la vida en el colectivo (Bulter, 2010). Reconociendo los vínculos como parte de la construcción de lo común. Donde las redes de apoyo surgen en el intento de sostener ese común desde vínculos de confianza, desde el intercambio de necesidades, en un constituir que surge del trabajo de cuidado. Confianzas que ofrecen descansos.

Me ilusiona pensar como Marcelo Percia (2017) al decir que los porvenir de las formas de lo común no están todos destinados por las sujeciones que imperan en las tristezas del presente. Una ilusión que nos invita a creer Gabriela Etcheverry (2022) al decir que se materializa cuando por momentos vemos también que se despliega una red que no solo sustenta, sino que también impulsa transformaciones en las formas de vida, evidenciando que hay maneras de construir lo común que operan con una eficacia particular.



Annabel Lee Teles (2020) también visualiza allí atisbos de esperanza, frente a un mundo que parece por momentos, desolador, entendiendo que hay en nuestro presente, inquietudes que se movilizan por expandir y colectivizar modos de lo político no habituales, permitiendo la afirmación y el despliegue de la potencia singular y colectiva. En el intento de crear caminos paralelos a un mundo capitalista que insiste, nos invita a reflexionar, y se pregunta, cómo haremos para crear este tipo de territorios políticos capaces de albergar “planos relacionales que promuevan un pensamiento político determinado por la amistad y el amor, la alegría y la generosidad” (pp.18-19).

Está claro entonces, que existe un entramado que se resiste al régimen político de lo instituido, que con la intención de crear nuevos modos de producción colectiva, nos abre el camino hacia “la posibilidad de embellecer el mundo, en la medida en que podemos experimentarnos en relaciones creativas y amorosas que expanden otros modos de vida” (p. 23). Si nos animamos a ampliar el horizonte de nuestra mirada para abarcar la superficie relacional del mundo, constataremos que lo que se debilita es precisamente la potencia colectiva de creación y cooperación, que constituye la condición para la construcción de lo común (Rolnik, 2019, p. 67).

A partir de desglosar las configuraciones estructurales que diagrama el sujeto neoliberal, divisamos las mutaciones que envuelven nuestros devenires, los cuales nos fuerzan a pensar el presente, a captar los signos que traen consigo; exigen pensar el tiempo, la realidad, a nosotros mismos de modo diferente. Nos pertenece continuar pensando en torno a las experiencias que transitamos y de esa manera, “realizar una apuesta vital, asumir la propia potencia de pensar- actuar, devenir seres creativos, libres en el despliegue de nuestras capacidades inventivas” (Rolnik, 2019, p. 38).

La turbulencia del tiempo se ha vuelto presencia permanente. El miedo al desamparo se une a la angustia provocada por el desconcierto del mundo. Distintas voces anuncian tiempos difíciles. Pero, junto a las adversidades, brotan signos de nuevas posibilidades vitales.



Grupalidad y Política de los Afectos

La subjetividad se convierte en un gran signo de interrogación,
para el cual se tendrá que encontrar una respuesta.
Suely Rolnik, 2019².

Regresando a mi experiencia. Fue mediante el relato de los usuarios de la policlínica de Buceo, en el dispositivo de Uso Problemático de Sustancias Psicoactivas, que visualicé a los grupos como una especie de sostén, –muchas veces y casi las únicas de las veces– los grupos nombrados fueron Alcohólicos Anónimos y Narcóticos Anónimos. De igual forma, sobre estos hubo muchas quejas y disconformidades en cuanto a sus políticas que han terminado por ser más expulsivas que acogedoras. Lo que no deja de lado la importancia del pedido que los usuarios realizaron por la oferta de otras grupalidades que estuviesen en funcionamiento.

Producto de lo anterior emergen las preguntas acerca de, ¿Cómo se conforman estos grupos de apoyo? ¿Qué particularidades emergen de estos? ¿Por qué la insistencia en su aporte? ¿Por qué este pedido por parte de los usuarios? Me animo a responder que son espacios colectivos que habilitan el sentimiento de sentirse parte, en su modalidad de *faros*.

Las grupalidades pueden ser entendidas como la constitución de una red de contención. Podemos ver como mediante la escucha que auspicia de soporte, brinda la posibilidad para que las personas que participan en los grupos construyan reflexiones sobre lo que les pasa. Dirá Marcelo Percia (2017), que la expresión *estar en común* redunda, ya que no hay modo de estar sin ese en común. Un estar en común que acontece como coincidencias pasajeras de cercanías y distancias.

Se puede observar de este modo la conjunción de ayuda desde diferentes discursos personales que terminan por aportar a los recorridos singulares de cada persona, compartiendo las formas en las que han intentado soportar los dolores que los recorren, las formas de afrontamiento, posibilitando también nuevas perspectivas para cada uno de los que componen parte del grupo. Es allí en ese devenir que se va produciendo un común del

² Rolnik, S. (2019). Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente. Ediciones: tinta limón. Colección Nociones Comunes.



cual sentirse parte. Respiros que esperan que el porvenir devenga en otra cosa. Esto se traduce como una forma de hilar una trama, de abrir caminos que ofrezcan sostenimientos. Las puedo ver como “soledades que se enlazan entre sí para que no las arrasen vendavales o maremotos” (Cuschnir et al., 2018, p. 24, citado por Etcheverry, 2022).

De este modo, puede percibirse con particular recurrencia aquello que abre el plano afectivo. Se trataría de comprender cómo las afecciones y los afectos dejan de ser simples incidencias para convertirse en aquello que trama el encuentro, generando un incremento en la potencia de actuar (Deleuze, 2008a citado por Etcheverry, 2022). Se trata de pensar las grupalidades como espacios que habiliten un común mediante la escucha. Que a su vez promueva el ejercicio de una resistencia activa frente a aquellas formas de existencia que tienden a homogeneizar, imponiendo un modo determinado de ser que dificulta pensar desde lo colectivo (Etcheverry, 2022).

Estos espacios tienen la intención de ser lugares donde las personas depositen y compartan sus dolores en busca de palabras, miradas y escuchas que oficien de sostén para sus tránsitos. Deja ver que es solo en el encuentro mismo donde sucede algo de lo novedoso. Reconsiderando la importancia de lo ocasional de un encuentro grupal, alejado de necesidades, resultados, conducciones, ordenamientos y demandas institucionales. Siendo de esa forma experiencias creadoras de conocimiento sobre el mundo, o mejor dicho, sobre algún mundo posible, y a su vez, como organizadora del pensamiento.

El describirlo como *faros*, da cuenta de formas inventivas que establecen un nexo directo con lo vital. Allí aparece la verdad no como consecuencia de algo que esté dado, sino como algo que se construye o se inventa (Nietzsche, 2002/ 1882 citado por Etcheverry, 2022).

El introducirnos en la idea de crear estos espacios, donde brote potencia, donde el compartir sea apertura y apoyo mutuo, es condición indispensable para hacer florecer procesos de transformación. Es así como podemos pensar las grupalidades como una práctica transformadora. Una transformación que nos permita aprender y pasar tanto por el plano de lo singular como de lo colectivo, o de lo singular a lo colectivo, entendiendo que la experiencia humana no se desarrolla de manera aislada, sino que se construye en relación con la comunidad a la que se pertenece. De estas experiencias importa la potencia que se despliegue, creando nuevos y distintos modos de ser y de estar con otros, los cuales hacen



a su vez la generación de espacios críticos con aquello que nos sucede en nuestro presente.

Gilles Deleuze (1989) dirá que una experiencia es acontecimiento cuando nace singularmente, se ubica transformando la concepción que cada uno tiene respecto a lo que se vive y posibilita nuevos modos de decir. Continuando en la misma línea, al pensar como lo singular se hace colectivo en la experiencia de las grupalidades, Michel Foucault plantea que la transformación que ocurre en la experiencia no es únicamente individual; esta experiencia también puede vincularse con prácticas colectivas y formas compartidas de pensar, de modo que lo singular se articula en lo colectivo (Foucault citado por Jay, 2009).

Es así como lo grupal permite que se expresen las singularidades, dando apertura de creación de nuevas individuaciones. Se trata de dar vida a modos de resistencia en un porvenir que se anuncia. El grupo entendido como la idea de iguales, se lo comprende siendo que aquello que los iguala, refiere a cuestiones relativas a la problemática que los trajo hasta allí. Es importante visualizar cómo se están pensando estas grupalidades, cómo juega lo político en su hacer por y para otros, y poder pensarlo como una *política afectiva* al decir Annabel Lee Teles (2020).

En una vida que duele y que necesita con urgencia de brazos que sostengan con amorosidad, Annabel Lee Teles (2020) lo entiende como una experiencia a transitar como seres entramados afectivamente, insistiendo en el apoyo mutuo que se enlaza a la formulación de un activismo filosófico. Gestando así, un campo político propicio para el despliegue del ejercicio de pensamiento colectivo. Ubicando modos que se sustraigan de la lógica de la política como gobierno de los otros y de la naturaleza, y que nos permitan la constitución de un plano común. La política afectiva "propone iluminar las tramas relationales en las que se producen los procesos que pugnan por el ejercicio de lo común, por la constitución de cuerpos políticos en el despliegue del buen vivir" (p. 31). Se trata de sostener relaciones no jerárquicas, divergentes y resonantes.

Desde sus palabras nos anima a luchar por recuperar el plano de los afectos como un articulador de nuestras prácticas. Entiendo a partir de sus líneas que se nos imponen ciertos tipos de problemas que tienen soluciones específicas, únicas. Allí la idea no es poner en cuestión este tipo de problemas sino desplazarse de esta problemática –que suele ser institucional, técnica, etc.– a un tipo de universo más local que tiene que ver con atender al cuidado de la existencia a través de la construcción de tramas afectivas basadas en el amor y la amistad. De esta forma lo común se soporta en planos afectivos más que en el



cálculo de la razón, entendiendo que para su producción es imprescindible que se consideren las afectaciones.

Ana María Fernández (2007), nos dirá que no solo se trata de pensar la grupalidad en la esfera de lo posible sino de lo fácticamente realizable, en el entendido que son singularidades que se enlazan pero a su vez pueden una y otra vez desenlazarse de los poderes de dominio. Este desenlace se lleva a cabo inventando sus propias configuraciones grupales, corriendo una y otra vez el límite de lo posible. Y es en este punto que nos dirá la autora, que hacer de las penurias personales espacios colectivos de acción directa es hacer política. Transformar los conflictos personales en espacios de acción colectiva, donde las personas se reúnan con el anhelo de cambiar las circunstancias, esto es una forma de hacer política, es decir, que aquellas dolencias que llevamos puestas se transformen en un motor hacia el cambio social y político. Aquí se observa cómo la política no solo debe limitarse a las instituciones y a las figuras políticas tradicionales, sino que también se puede ejercer a través de la participación y la acción colectiva de las personas en su vida cotidiana. Y cómo a través de un grupo que se sitúa en oposición a las biopolíticas de subjetivación se logra generar formas alternativas de actuar, imaginar, sentir y relacionarse, construyendo experiencias singulares mediante distintos modos de agenciamiento.

Así es como la creación de grupalidades es muchas veces una forma de autogestión, se trata de autogestionar nuestras vidas con otros que luchan, "no solo por sobrevivir sino por transformar sus condiciones de vida, lo que potencia los cuerpos y transforma nuestras existencias. Siendo así, uno de los modos más nobles de hacer política" (Fernández, 2007, p. 270). Reconocer nuestra vulnerabilidad, compartirla y respetar nuestra singularidad, por eso se ha venido apostado por la política de los afectos (Lee Teles, 2020; Osorio, 2017; Pérez-Orozco, 2015).



¿Se puede hablar de una especie de pérdida de lo común?: Perspectivas

Hace falta una comunidad nueva cuyos miembros sean capaces de confianza, de esa creencia en sí mismos, en el mundo, en el devenir.

Giles Deleuze, 1996³.

Una sociedad que se encuentra experimentando formas aisladas de relacionarse, donde se da una fragmentación de los lazos afectivos, y se intensifica por las exigencias de expectativas que el mundo capitalista tiene sobre los cuerpos. Una forma de mundo que no permite lugar para el encuentro de los mismos, necesitando de nuevos modos de producción de conocimiento y de sentido.

Uno de estos lugares, con potencia de encuentros que podemos ubicar en un pasado no tan lejano, son los barrios. Un espacio público mediador entre el universo privado de la casa y el mundo público de la ciudad, se ha transformado, con frecuencia, en un territorio estigmatizado. Donde la circulación social se realiza en función de experiencias similares y limitadas, disminuyendo la referencia de los espacios comunes y debilitando la construcción de identidades locales. El barrio proporcionaba referencias básicas para la construcción de un nosotros, de una sociabilidad más amplia que la familiar y más densa y estable que la impuesta por la sociedad (Martín-Barbero, 1995; Gravano, 1995 en Montenegro et al., 2014).

Repensar estas formas que antes constituía un *nosotros* nos impulsa a realizar una escucha poética de nosotros mismos, si intensificamos la relación de sí consigo, con los demás y con el mundo, expresa Annabel Lee Teles (2020). También Peter Pál Pelbart (2009) argumenta que a pesar de la pérdida de estas formas consolidadas, seguimos buscando lo común, aunque sea a través de espectros o simulacros de comunidad.

Leyendo a Baruch Spinoza (1980), es quien rescata lo común como potencia donde se cree haberla perdido. Y creo importante insistir en esta mirada que nos acerca. Podemos considerar que es importante realizar encuentros donde los cuerpos tengan la capacidad de afectar y ser afectados, encuentros que al ser mediados por los afectos producen aumento de potencias. Y es justamente en ese momento donde se comienza a producir lo común que se encuentra a la espera de ser iluminado.

³ Deleuze, G., Crítica y clínica, Anagrama, Barcelona, 1996, p. 124.



Allí donde aparece este común crea posibilidad para que las vivencias de cada persona que forme parte de las grupalidades, transite sus recorridos acompañados por otros. Autores como Antonio Negri y Michael Hardt (2011), proponen amalgamar a estas resonancias spinozianas, la generación de ciertas prácticas sociales que estén destinadas a una práctica transformadora, donde visualizan que hay un común a ser producido, mediante el pensamiento y el hacer, creando de esta forma una riqueza común. Fueron quienes consideraron que la resistencia actualmente pasaría por un esfuerzo de reappropriación para construir con ella aquello a lo que estos autores designan como "lo común". En diálogo con ellos, podemos definir a lo común como el campo inmanente de la pulsión vital de un cuerpo social cuando este la toma en sus manos, de manera tal de direccionar hacia la creación de modos de existencia para aquello que pide paso (Rolnik, 2019).

La política de Baruch Spinoza (1980) ve allí donde se encuentran los cuerpos singulares un medio para que desde la grupalidad se genere la potencia común. La describe como la principal fuerza que sostiene la posibilidad de una democracia (Negri y Hardt, 2011). Según estos autores, lo común se define por su carácter relacional, trayendo consigo la capacidad de transformarse y permanecer siempre conectado con esa potencia y su crecimiento. Esa conjunción de relaciones dialógicas de sostén que permiten la potencia se dan en el encuentro mismo, no es algo que puede ser pensado y medido con anterioridad. Produce y genera nuevos modos de estar y crear para la acción en el momento mismo donde las diferentes singularidades se encuentran. Nos animan a problematizar los modos en los que estamos haciendo, relacionándonos y pensando, para que desde allí habilitemos líneas donde la política y lo político atienda los procesos de producción de subjetividad, para ir contra los modos que se nos imponen (Negri y Hardt, 2002).

Fue entonces que reparando en esta idea de Spinoza que refiere a cómo a través de la grupalidad acontece una potencia común que posibilita la democracia –como principal creador de nuevas aperturas– que observo un entrecruzamiento con otra perspectiva de lo común que resalta justamente el debilitamiento de esta democracia.

Según Christian Laval y Pierre Dardot (2014) estamos en un momento histórico caracterizado por la ausencia de límites sociales, políticos y colectivos del capitalismo neoliberal. De este modo se observa cómo las democracias se debilitan dificultando el mantenimiento de espacios de vida autónomos frente al mercado. Dan cuenta de una



barrera para desplegar fácilmente la acción colectiva, ya que la administración de lo “social” está burocratizada, y las vidas cotidianas están invadidas por el consumo. Y cómo en un lugar para desplegar y luchar contra estas fuerzas, se encuentra la posibilidad para lo común.

Esto me retrotrae a lo que Gilles Deleuze y Félix Guattari refieren como la encarnación de un “fascismo democrático”. Este opera bajo las formas y apariencias de la democracia, pero reproduce mecanismos de control, represión y homogeneización típicos del fascismo clásico. Entendemos en este sentido que la forma democrática no garantiza el contenido democrático. La sociedad puede organizarse como democrática en lo formal, pero funcionar como fascista en lo material o afectivo.

En *Mil mesetas*, plantean que el fascismo no es solo un régimen de Estado, sino también una micropolítica, una forma de deseo, una producción social que se da en las relaciones cotidianas, incluso entre individuos o dentro de uno mismo: “no hay necesidad de un jefe, de un ejército, de una policía para que haya fascismo, basta con que ciertas coordenadas del deseo tomen esa forma” (p. 285).

En *El Anti-Edipo*, los mismos autores dicen que el capitalismo puede integrar el deseo en lugar de reprimirlo, lo que lo hace más eficaz que el fascismo clásico. En este sentido, una democracia capitalista puede producir formas más potentes y sutiles de dominación.

Está en nuestros intentos de crear y dar lugar mediante determinadas prácticas que se aparten de los imperativos neoliberales, que forjen lo grupal desde un trabajo colectivo, para que germinen allí desde la potencia de los *faros* nuevas perspectivas sobre “un más allá del capitalismo”.

Pensar las condiciones y formas posibles del actuar en común, extraer los principios capaces de orientar las luchas, de vincular las prácticas dispersas a la forma que pudiera adoptar una nueva institución general de las sociedades, los autores dirán que con este trabajo no alcanza, ya que nada podrá reemplazar al compromiso con la acción (Laval y Dardot, 2014). Lo común como punto de partida y horizonte de las acciones, que no se trata únicamente de un elemento dado, sino de un resultado construido a través de la práctica colectiva, fomentando así las formas de vida compartidas.



De esta forma, la idea de reafirmar lo común como una búsqueda constante, como punto central desde donde enfrentarnos hacia la vida. La cual necesitará de un cuerpo colectivo que lo movilice, que lo haga flexible y dinámico, así como novedoso. Es este cuerpo colectivo el que permitirá ciertas consistencias que darán fuerzas a estas creaciones de mundo, y se enfrentarán a otras fuerzas exteriores que insisten con destruir los modos de vida que deseamos, vidas que se encuentran a la espera de ser abrazadas, de ser miradas. Sofía Monetti (2019 citada por Lee Teles 2022), se consolida en esta idea expresando que en la potencia de lo colectivo está la posibilidad de habitar la vida de los muchos.

En los últimos tiempos, asistimos a la fermentación de colectivos políticos que muestran la importancia que presentan estas prácticas, tanto para su expansión y fortalecimiento como para el desarrollo de nuevas modalidades políticas que traigan consigo nuevas posibilidades de democracia.

Voces de lo común en clave feminista

También nos anuncian otro mundo posible las voces antiguas que nos hablan de comunidad.

La comunidad, el modo comunitario de producción y de vida, es la más remota tradición de las Américas, la más americana de todas: pertenece a los primeros tiempos y a las primeras gentes, pero también pertenece a los tiempos que vienen y presiente un Nuevo Mundo.

Eduardo Galeano, 1991.⁴

Han sido muchos los aportes desde miradas feministas que insisten en repensar lo común. Un común que si en alguna parte se ha continuado sujetando, reforzando y defendiendo es desde el movimiento feminista y su resistencia. Ubicado en el sostenimiento de las vidas; los cuidados y el plano de lo afectivo.

Para continuar desglosando la pérdida de lo común, podemos considerar también cómo a lo largo de todos los tiempos los movimientos feministas se han empeñado en su recuperación. Estas luchas han impugnado pilares del orden social de maneras muy diversas, han puesto una crítica sobre los organismos de expropiación, los mecanismos de

⁴ Eduardo Galeano, *The Book of Embraces*, Nueva York, W.W. Norton, 1991, p. 135 [ed. cast.: *El libro de los abrazos*, Madrid, Siglo xxi, 2009 (1989), p. 121].



desconocimiento de la autoridad y de la decisión, y los mecanismos de la explotación. Estas luchas han dejado en evidencia esta amalgama de formas de dominación, la cual contiene una relación directa con la expropiación de la energía vital (Gutiérrez, 2024). La autora hace hincapié en que el trabajo de las mujeres ha sido el sostén del dominio del capital sobre la trama de la vida, creando formas de gestión del tejido de las vidas, colocando la capacidad del trabajo colectivo, en el centro de la producción de lo común.

Dentro de las concepciones vinculadas al cuidado, ha ganado terreno la propuesta de entender los cuidados como parte de los comunes. Silvia Federici (2013) plantea que la idea de "lo común" viene ganando terreno dentro de un sector de la izquierda como herramienta conceptual y de acción política. Para la construcción de sociedades alternativas tenemos que entender estos procesos de reproducción en relaciones cooperativas y de apoyo mutuo, donde lo personal y lo político nos dirá Sandra Ezquerra (2014) son inseparables. Allí aparecen las grupalidades dándole forma a este horizonte de narrativas.

Es así como se encuentran en estos tipos de movimientos, un sentido de inclusión, los cuales luchan por los encuentros, por los sostenimientos, por las grupalidades, que produce un movimiento hacia la horizontalidad, que alienta de esta forma a la participación, a la potencia de singularidades. Movimiento que se une para sobrellevar la vida, que insiste en caminar acompañados.

Surge entonces la pregunta, ¿cómo se generan sentidos de inclusión? Raquel Gutiérrez (2024) dirá que a partir de los flujos de trabajo. Describe que comenzaron a abrirse caminos para una nueva forma de socialidad que todavía no está estabilizada. Estas tramas por lo común sobre todo en las ciudades han crecido mucho, y se centran en el sentido de reproducción de la vida. Ampliando el marco de derechos, para lograr una especie de equilibrio en las diferencias. Si es verdad que está en crisis la expropiación de nuestra fuerza, pero al mismo tiempo nuestra fuerza ha fluido por estos lugares en su lucha por lo común. Luchas en defensa de recursos fundamentales que empujan e intentan mantener a raya la ofensiva neoliberal.

La perspectiva feminista, es otra de las voces que entiende que la necesidad de compartir espacio-tiempo en las dinámicas colectivas desde la grupalidad, son una posibilidad para los buenos encuentros. Una inspiración para el cambio de agenda que



potencie poner la vida en el centro, siendo una apuesta radical por una política de los afectos (Osorio, 2017).

Cuando nos referimos a agenda, debemos pensar que la misma trae consigo dar voz a aquellas urgencias, a aquellas vidas que se encuentran a la espera de ser nombradas, miradas, abrazadas. Que poner en palabras traiga consigo el recorrido de un camino para poder tomarlas, y construir algo con ellas. Y en los casos donde las palabras no se escuchen, donde los textos no alcancen, tener la convicción de salir a gritarlas.

Para poder actuar sobre el mundo, necesitamos pensarlo. Y esto requiere conocer y nombrar las cosas; crear categorías y relatos que permitan una ruptura con la hegemonía discursiva que impone un único mundo posible y una sola forma de leerlo. Claudia Salazar (2011) relata un “nosotros” como el núcleo de la representatividad, el “nosotros” habla en representación de los otros. Para que “nosotros” pueda ser pronunciado hace falta una condición de legitimidad. Que estos otros demanden la aparición de esa voz en su nombre y que el discurso se sostenga en el sentido común. La narración instituye una memoria y articula la propia historia. Y así es como en el propio acto de narrar brota un acontecimiento que constituye la experiencia común.

Dirá Amaia Pérez Orozco (2015), que a medida que nombramos la vida desde otros sitios, podemos ir construyendo otros mundos y otras formas de estar en ellos. El nombrar es la acción de construcción, es “contarnos la vida”. Esta lectura del nombrar nos ayuda a una lectura colectiva; una narración colectiva, que nos permitirá un colectivo distinto.

Una narración colectiva que parte del reconocimiento de la interdependencia y la necesidad del vínculo social (Garay, 2001). En la misma línea, también Judith Butler (2010) destaca la vulnerabilidad como posibilidad para la acción política. Menciona las “vidas vivibles” posibles de ser lloradas, las cuales necesitan de la visibilidad y del reconocimiento de las condiciones sostenedoras, volviéndose un compromiso ético-político. La autora insiste en reconocer la precariedad para “conmovernos” en el sentido de que su visibilidad nos lleve a la acción, a la transformación de las condiciones sociales que hacen esa vida precaria (Butler, 2006).

La propuesta de la *Sostenibilidad de la vida* ha contribuido a visibilizar el carácter multidimensional y heterogéneo de las necesidades, no solo en términos materiales, sino también afectivos y relationales, así como el cuidado, los vínculos sociales, la participación en dinámicas colectivas, (Osorio, 2017) las grupalidades, el sostenimiento grupal.



Y con ello comprender que la construcción de un imaginario común para el cambio es un desafío que debemos identificar, en este momento, meramente colectivo. Lo que nos permite salir de manera temporal de los marcos dominantes, a modo de suspensión para habitar esos márgenes (Barrault, 2007). Lo colectivo es una dimensión por la que hay que luchar para hacerla existir en nuestras prácticas. La performatividad de lo colectivo implica tratar todas nuestras experiencias como si fueran colectivas para que, en algún momento, lo sean (Montes, 2025).

Las voces de lo común en clave feminista nos hablan de sostener la existencia, visibilizar y trabajar para construir otras formas de organización social. Un mundo común basado en lo construido a partir de situaciones compartidas y de luchas que son capaces de conectar con un sentimiento general más amplio, de encontrar en la vida de uno la resonancia con la vida de otro. Dirá Marina Garcés (2013) “nuestra libertad, la irreductibilidad que anida en cada uno de nosotros, depende hoy de que sepamos conquistar, juntos, la vulnerabilidad de nuestros cuerpos expuestos, la precariedad generalizada de nuestras vidas” (p. 50).

Esta apuesta por asumir la vulnerabilidad como una fuerza compartida encuentra eco en las propuestas de la ecofeminista Yayo Herrero (2016), quien sostiene que la creación de espacios comunes se convierte en una práctica vital: lugares que dan sentido, tejen relaciones de confianza y donde las personas saben que no están solas. En esos espacios, la fragilidad no es motivo de aislamiento, sino de fortaleza colectiva, sostenida por el afecto, la amistad y el cariño entre quienes comparten resistencias, construcciones y sueños.

Se vuelve necesario habilitar grupalidades donde podamos poner en común nuestras experiencias, para preguntarnos cómo vivimos lo que vivimos, y así desanudar aquello que nos duele, que limita nuestra fuerza y nuestra capacidad de actuar. Partir desde lo que sentimos —de nuestras dificultades, pero también de aquello que nos entusiasma— es una forma de acercarnos a esa verdad que somos capaces de soportar (Lee Teles, 2020).

Es importante considerar y valorar los trabajos que sostienen la vida. En la actualidad se visualiza la necesidad de generar una narrativa colectiva que genere frentes compartidos. Esta construcción de lo común se visualiza como una necesidad,



considerando también la necesidad de un espacio donde poder pensar y compartir, un lugar para encontrarse.

Necesitamos ir detrás de una política afectiva, no estadocéntrica, que funde su capacidad en el día a día, que defienda y cultive la vida desde lo más sencillo, desde lo que se hace como garantía mínima de sustento, pero también de lo que se hace como organización y disfrute de una vida digna de ser vivida. Un pensamiento político que encuentre nuevos sentidos, donde sea posible la expansión de deseos singular-colectivos. En este horizonte, el cuerpo, los afectos y la sensibilidad se configuran como territorios de lucha (Lee Teles, 2020; Rolnik, 2019), donde lo político se encarna, se siente y se transforma desde la experiencia vivida.

Y así, producir una ética capaz de acoger las líneas de fuga, los deseos emergentes de comunidad y las nuevas formas de vincularse –y desvincularse– que están surgiendo incluso en los contextos más desesperanzadores. Una ética por la que tantas veces han luchado las voces del feminismo: la de recuperar y reinventar lo común.

Lo común renace en las grupalidades

Deseos de sacudir lo que existe, para hacer lugar a lo que todavía
no se imagina.

Marcelo Percia, 2017.⁵

Gabriela Etcheverry (2022) nos ofrece una lectura sobre lo común en las grupalidades, donde la producción de lo común en contextos grupales implica generar experiencias que amplíen posibilidades en lugar de restringirlas, promoviendo el cuidado de las vidas como potencias y desarrollando formas de poder que no sean dañinas, creando espacios que permitan a cada individuo involucrarse de acuerdo con sus capacidades, facilitando la construcción de nuevas subjetividades. La autora describe a las grupalidades como proyectos que se mantienen en constante transformación y movimiento, capaces de reconocer sus paradojas, contradicciones y ambigüedades, y al mismo tiempo, de abrir la posibilidad de cuestionar y replantear el mundo.

⁵ Percia, M. (2017). Estancias en común. Buenos Aires: La Cebra.



El poder de afectar y ser afectado constituye nuestra experiencia en grupalidad. Dado que somos seres relationales, nuestras vidas se pliegan en tramas relationales móviles y permanentes. Estar en grupo es una de las oportunidades de comprender amorosamente, de aumentar nuestra potencia de encuentro y de creación (Lee Teles, 2020). Vivimos en un mundo difícil de sobrellevar, nos aquejan cosas distintas que la de otros tiempos, soportamos otros tipos de dolores. Habitamos cuerpos que se desgastan por las exigencias y presiones que requiere el actuar capitalista. Experimentamos "una fuerte dificultad para percarnos de nuestros anhelos, nos olvidamos con frecuencia de nuestra potencia singular, nos exponemos a encuentros que nos despontencializan" (p. 58).

Este proceso de despotencia transcurre en el marco de una crisis del lazo social y un debilitamiento de soportes sociales como consecuencia de la pérdida de los marcos colectivos. Donde las situaciones de quienes se dicen desamparados; se construyen social y subjetivamente, a partir de la culpabilización y responsabilización individual (Montenegro et al., 2014). Parecería que la energía que nos queda tambalea de un lado hacia otro en cada obstáculo que tiene los recorridos vitales en cada uno de nosotros. Parecería que apenas sobran energías para luchar por lo propio, no habiendo así espacio para lo común, para aquellos lazos que antes insinuaban sostenernos. Las fuerzas que mantenemos pocas veces son capaces de reconocer una luz en los encuentros. Y aquí, es donde las grupalidades aparecen no sólo como respuesta de conformación para ese común, sino también como demanda, como urgencia de aquellos que supieron esbozarlo para que hoy esta tesis adquiera sentido.

Hay una dificultad en superar la muralla que nos separa, la que hace emerger un sinfín de preguntas que quedan sin contestar, que intenta buscar algún camino que nos acerque hacia alguna certeza que calme. Más allá de la respuesta que podamos construir frente a esta gran inquietud, la salida siempre será juntos, sosteniéndonos, la salida siempre será colectiva, en y por la lucha de un itinerario en el que caminemos con otros. En esa búsqueda compartida, se vuelve urgente permanecer en el intento de conformar grupalidades, como configuraciones que insisten en lo afectivo como fuerza movilizadora, como aquello que diagrama nuestras vidas.



En la necesidad de sobrevivir a este contexto actual ¿Cómo remendar los tejidos sociales y transformar nuestras vidas en lugares de resistencia y reconstrucción política?

Hoy veo aparecer a la grupalidad como una respuesta, que seguro está entre algunas otras. La veo aparecer en la insistencia por crear lazos que nos sostengan. En la muestra de que cada vez más personas comprendan que enfrentarse solas a las crisis es una derrota posiblemente garantizada. En un sistema social empeñado en devaluar nuestras vidas, la única posibilidad para la supervivencia económica y psicológica reside en nuestra capacidad de transformar las prácticas cotidianas en un campo de batalla grupal (Federici, 2019). La autora –como otros descritos páginas atrás– intenta demostrar el potencial que tienen las relaciones entre comunes, pero esta vez, no sólo como garantía de supervivencia y como capacidad de resistencia aumentada, sino también, por encima de todo. Observa que en el encuentro de los cuerpos, existe un camino para transformar nuestra subjetividad y adquirir la capacidad de reconocer el mundo que nos rodea –la naturaleza, otras personas, el mundo animal– como una fuente de riqueza y conocimiento.

En sintonía y en la observación de las dificultades que venimos atravesando en las sociedades del mundo actual, en la pregunta de ¿qué clase de tiempo estamos viviendo? Raquel Gutiérrez (2024) nos acerca reflexiones muy precisas. Expresa que estamos viviendo un tiempo difícil, un tiempo oscuro, de yuxtaposiciones múltiples de crisis, a diferentes escalas y de diferentes formas. Una crisis ecológica, económica, política, laboral, repleta de violencias, que complican mucho la vida cotidiana y que al mismo tiempo presionan para que tenga que ser sostenida en condiciones cada vez más incómodas, más indignas, más solitarias. Generando ciertos ritmos de trabajo, que exigen más energía vital de cada una de las personas que enlazadas van sosteniendo la vida.

Es un momento de crisis de la capacidad común, de lo múltiple, del enlace, de compartir caminos con otros. Todo esto, dirá la autora, es lo que está siendo expropiado de nuestras vidas. De este modo es que se vive también como una crisis propia, que nos separa, que tiende a hacernos experimentar la soledad, la lejanía de los cuerpos. Asimismo es preciso admitir que nos cuesta reconocer la importancia de la vida colectiva; tendemos a sostener esas distancias infranqueables entre los seres; escondemos los lazos afectivos, quedamos atrapados en la soledad y la dependencia (Lee Teles, 2020). Dejamos de lado nuestra capacidad de encuentro, de composición y armonía. Debemos estar atentos de las estrategias biopolíticas, de las lógicas capitalistas y en la efectividad en que producen y reproducen estas soledades y desamparos (Fernández, 2007).



Para poder entender los juegos de este mecanismo, nos resultará útil crear formas que nos acerquen nuevamente. Donde comienzan a abrirse posibilidades de reorganización de la experiencia para elaborar y buscar caminos que adquieran una forma grupal. Encuentros a partir de los cuales comenzaremos a percibir, al fin, que la angustia individual no es más que una inmensa angustia relacional que expresa un silencioso lamento colectivo. Saberla colectiva es saberla relacional; no se generó en la soledad del individuo, sino gracias a un juego relacional de afecciones, de renuncias y rencores, de tristezas e impotencias (Lee Teles, 2020).

Las dificultades y el sufrimiento de las personas alumbran carencias. Permanecer en ellas traerá consigo la demanda y la opresión; soslayarlas es menospreciar las tristezas. Es imperioso comenzar por darnos cuenta que tenemos la capacidad y las fuerzas para favorecer la vida colectiva. Las experiencias vividas en los últimos tiempos nos exigen reelaborar conceptos, dar paso a configuraciones conceptuales abiertas y mutantes.

Entre tantas preguntas, hay algo aquí sobre lo que podemos coincidir y asegurar: se hace necesario incorporar sentidos y prácticas para una acción comunitaria en un contexto complejo y estratificado. Como nos dice Silvia Federici (2019) hay que habitar esta «tierra de la humanidad», no como extraños o intrusos, que es como el capitalismo quiere que nos relacionemos con los espacios que ocupamos, sino como en casa.

En este presente la preocupación por lo común nos convoca. Se vuelve necesario reflexionar sobre todas aquellas experiencias cotidianas que lo construyan. Se torna urgente componer grupalidades en sus diferentes modos que atisben destellos de resistencias. Que formen encuentros potenciadores de un “nosotros”. Tal problematización posee un sesgo eminentemente ético y político, el cual implica encontrar medios de actualización, de producción de dimensiones de vida en común como ejercicio para nuestra libertad.



Apreciaciones del acontecer grupal

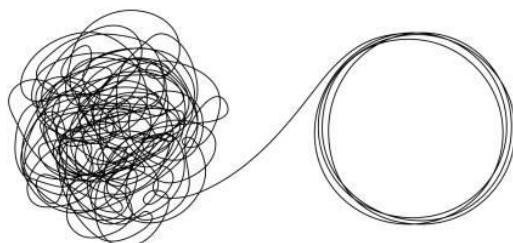
Acompañar es una tarea de reparación: se acompaña lo que hay,
lo que queda después del arrasamiento para,
desde ahí, reconstruir una historia.

Florencia Montes, 2025.⁶

El dispositivo grupal funciona como un espacio que posibilita procesos subjetivos y colectivos. Los grupos cumplen un rol; la regulación tanto emocional como social. El grupo como un campo de problemáticas, donde se producen permanentemente efectos de atravesamientos de inscripciones deseantes, institucionales, históricas, sociales, políticas, etc. Por tanto, es pertinente pensarlo desde la transversalidad que lo implica.

Si indagamos en la etimología de la palabra grupo, el término es de origen reciente. Proviene del italiano *Groppa* o *Gruppo*, cuyo sentido fue, en un primer momento, "nudo", y sólo más tarde hará alusión a conjunto o reunión. Los lingüistas lo derivan del antiguo provenzal y suponen que es un derivado del germano occidental Kruppo-mesa redondeada, originándose este último significado en la idea de "círculo" (Fernández & Del Cueto, 2000).

Es decir que la etimología de la palabra proporciona dos líneas de fuerzas; "nudo" y "círculo". Podría pensarse a ese "nudo" como el campo de problemáticas que el grupo conserva y el círculo como la forma que este necesita para que se genere como tal. Así, múltiples hilos de diferentes colores o intensidades forman un "nudo"; pero son sus anudamientos los que constituyen su realidad. Si pensamos al grupo como un "nudo", permite que se desdibuje el adentro-afuera, arriba-abajo y comenzamos a pensar en un complejo entramado de múltiples inscripciones.



⁶ Montes Paez, F. (2025). *Acompañar es Político: Ensayo transfeminista sobre la situación de calle*. Buenos Aires: abduciendo ediciones.



Un grupo se estructura como tal, más que por su tarea, cuando va consolidando “un conglomerado de representaciones imaginarias comunes (red de identificaciones cruzadas, ilusión y mitos grupales, la institución como disparador de lo imaginario grupal). La tarea es convocante del grupo más que estructurante del mismo” (Fernández & Del Cueto, 2000, p. 56).

Si ponemos una lupa con el objetivo de identificar aquello propio del grupo observaremos que se trata de aspectos transformados en una dialéctica permanente. Dirá Ana María Fernández (2000), donde los procesos identificatorios que se producen funcionan como motor de la vida de los mismos. Se trata de una identificación como proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma sobre el modelo de éste.

La mirada recíproca actúa e incentiva la red de identificaciones. Mostrarse, mirarse, ser visto, ser mirado. Mostrar lo que uno es. Mostrar lo que uno cree que es. Expuesto a la mirada del otro, veo y soy mirado. Me veo ver, veo que otros me miran. El papel de la mirada, en relación con el otro, consigo mismo, ha sido preocupación desde épocas remotas.

Del concepto freudiano de ilusión, parte Didier Anzieu (1998) para abordar el concepto de ilusión grupal, este es un estado psíquico particular que se observa en los grupos y que se expresa en frases tales como: “estamos bien juntos”, “somos un buen grupo”, etc. Todo grupo necesita creer que es lo que desea ser, para poder lograr sus objetivos, sentirse sostenido, sentir que está siendo habitado por ese común. Dirá el autor que sólo desde la ilusión grupal se obtendrá la fuerza necesaria para enfrentar las adversidades. Ilusión creadora de las condiciones para llegar a un “nosotros”, para desarrollar una pertenencia, y organizar un código común.

El grupo es considerado como un espacio de articulación discursiva, de unidad que se funda en un lugar distinto; un entrecruzamiento de múltiples discursividades no sólo grupales, sino institucionales, históricas y sociales. Es un espacio para encontrar otras formas de pensar eso que nos pasa. Donde comunicar es extraviar la propia palabra y recuperarla en la del otro (Percia, 1989).

Un acontecer grupal que se enriquece en el intento de “escucha” para alcanzar cierta comprensión de los nudos problemáticos que se pliegan y despliegan también en cada situación (Montañez, s.f.). Se trata de un trabajo que posibilita un tránsito entre un afuera



donde muchas veces no se encuentran las palabras y un adentro que se ubica permitiendo nombrar y tejer (Etcheverry, 2022).

Los grupos no sólo operan como sostén de lo propio, sino aquello que emerge desde lo uno para con los otros. Aquello que desde lo uno, en el mismo movimiento, se aloja en los demás; una red. Es un todo en retroalimentación, donde emerge la conciencia que desde lo uno se crea un "nosotros", la conciencia de estar creando y habitando sostenimientos mutuos.

Asimismo trae consigo, desde la experiencia de tramas afectivas la construcción de territorios productivos autónomos. Para Claudia Salazar (2011) la posibilidad de experimentar el "nosotros", depende completamente de la separación por medio de la diferencia y de la ausencia. Nosotros como expresión de comunidad, es también, nos-otros, encuentro de los que son otros. "Nos encontramos" es una experiencia compartida y al mismo tiempo diferencial. Nos-otros es la expresión de acogida recíproca entre unos que son otros en un espacio simbólico que nos es común, en una posición subjetiva que compartimos. Un encuentro, que por una parte ratifica la separación que lo hace posible y, por otra, procura tender puentes sobre los abismos que definen la existencia de cada uno.

Desde esta comprensión, la experiencia de lo grupal se configura como un lugar donde lo común no borra lo singular, sino que lo reconoce. Donde quienes participan han sido y son tránsitos compuestos por soledades y, en el mismo movimiento, de cercanías.

Esta condición de tránsito y recuperación, de soledad y sentido compartido, nos recuerda que la existencia en sí misma es plural, y esta requiere del cuidado de todos y cada uno de nosotros. La creencia en la separatividad trae consigo sensaciones de soledad, de tristeza, donde "quizás sea necesario admitir que nos encontramos entramados, en un juego de afecciones múltiples, donde cada uno de nosotros es un quién que quiere en relación. La relationalidad es pura potencia colectiva de ser y de existir" (Lee Teles, 2020, p. 69). Así, sabernos en relación, sabernos trinchera y refugio.

Marcelo Percia (2017) señala que en el acontecer grupal se acogen gracias y desgracias de la vida en común. En uno de sus apartados armoniza líneas discontinuas sobre lo grupal, que se me vuelve inevitable no soltarlas en esta tesis. De esta forma y para terminar este apartado plasmaré algunas a continuación, que no harán otra cosa que embellecerla. Observa que en los grupos "se tientan valentías y cobardías que encarnan en



hablantes (...) cumbres en las que respiran las copas de los árboles (...) la novela narra el cuidado en común: de soledades que se aproximan" (p. 222). A través de sus palabras percibo que al compartir espacios y experiencias, se generan vínculos que transmiten unión, fuerza y protección, además de un sentido de pertenencia y reconocimiento mutuo.

Marcelo Percia (2017) explica que la cercanía entre las personas se revela en los gestos cotidianos y en los encuentros inesperados, donde cada interacción, por pequeña que parezca, refleja distintos matices de cuidado, presencia y escucha. Repara de forma insistente en cómo "La ilusión de estar en común se ofrece como huida del desamparo (...) frágiles, evanescentes, sueños de unidad, de conjunto, de ligaduras que esperan (...) alivian lo que un cuerpo no puede. El alivio de la confesión pública, la catarsis conjunta de dolencias, el consuelo de un sentimiento cooperativo" (p. 225). Estas líneas describen cómo los individuos, frente a la vulnerabilidad, construyen espacios compartidos de cuidado y protección, donde la angustia encuentra alivio y la soledad se suaviza. Incluso cuando las palabras resultan insuficientes, estos espacios permiten nombrar y contener emociones que de otro modo permanecen inadvertidas.



Grupalidad como territorios terapéuticos

Se necesitan pensar modos de estar en la vida,
sin la fábula de ser: temporadas transitorias entre latidos que contraen
y dilatan vocablos, entre existencias vivas, entre vientos, mareas, astros del cielo.

Soltar las fábulas de sujeto, ser, sí mismo, para estar en lo que
acontece: vivir aconteciendo, no sólo acontecidos.

Marcelo Percia, 2017.⁷

Reparando en aquello que hallamos en los grupos, Marcelo Percia (1998) dirá que lo propio necesita de otro para ser captado; es posibilidad de una producción de reciprocidad. El trabajo colaborativo del grupo y la no abolición de sus diferencias, habilita la potencia transformadora del mismo en tanto dispositivo terapéutico. Se vislumbra como el encuentro con otros, posibilita la emergencia de tensiones que muestran el estar envuelto en lo propio y enredado en lo del otro, lo que comienza por habilitar un reconocimiento; una demora y una respuesta (Etcheverry et. al, 2016).

Los grupos son pensados como espacios tácticos donde se da la producción de efectos singulares e inéditos (Fernández & Del Cueto, 2000). Diferentes autores se refieren a los efectos que estos producen. Por ejemplo, los factores emocionales que se movilizan a través de transferencias reforzadas hacia el psicólogo, entre los integrantes, y también hacia la institución (Fernández, 1992). El afecto, entonces, juega un papel muy importante dentro de la reproducción de la grupalidad y los efectos que conciernen lo terapéutico. Así, lo afectivo cobra sentido como nido donde acunar aquellas vivencias que nos commocionan.

Marcelo Percia (2017) se refiere a la grupalidad como “moradas provisorias, residencias momentáneas, espacios donde estar” (p. 172). Tal vez el grupo terapéutico sea eso: una morada provisoria, un refugio transitorio donde lo humano se ensaya a sí mismo. Un tejido hecho de presencias, silencios, gestos, palabras que tantean. El psicólogo, en ese escenario, es un habitante más que, con otros, sostiene la intemperie. Su hacer consiste en acompañar el fluir de lo que se dice y de lo que aún no puede ser dicho. A veces, basta con cuidar el tiempo compartido, con ofrecer un umbral, una espera, un ritmo. Porque es entre

⁷ Percia, M. (2017). Estancias en común. Buenos Aires: La Cebra.



los otros, que algo de lo roto encuentra forma, algo del desvío se vuelve dirección, aunque sea por un tiempo indeterminado.

Como seres sociales que crecemos gracias a que un otro estuvo allí, es que el acompañamiento se vuelve imprescindible para los itinerarios que recorren toda nuestra vida. Donde entran a jugar los diversos modos relationales que expresan ese peculiar quien que somos. De este modo, se torna un propósito, apostar como nos dice Judith Butler (2010) por generar procesos creativos que intenten sobre todo versiones del mundo "vivibles". Es acerca de las condiciones de vida, de la vida como algo que exige condiciones para llegar a ser una vida "vivable". En un escenario donde todas y todos necesitamos de otras para poder existir, una dependencia que varía en el ciclo vital pero que siempre está presente. Quizás por eso, cuando el mundo se vuelve menos habitable, los grupos pueden funcionar como pequeños *faros* que iluminan. Lugares de vínculo, de escucha, donde lo inacabado encuentra permiso para ser. Donde nuestro rol como psicólogos permite acompañar movimientos singulares en el despliegue de lo común. En palabras de Marina Garcés (2013):

Es imposible ser sólo un individuo. Lo dice nuestro cuerpo, su hambre, su frío, la marca de su ombligo, vacío presente que sutura el lazo perdido. Lo dice nuestra voz, con todos los acentos y tonalidades de nuestros mundos lingüísticos y afectivos incorporados. Lo dice nuestra imaginación, capaz de componerse con realidades conocidas y desconocidas para crear otros sentidos y otras realidades (p.29).

Si ser no es posible en soledad, entonces cuidar —y ser cuidado— no puede ser pensado como un acto aislado, sino como una forma de estar en el mundo con otros. Por eso, hablar de cuidados implica referirse a una lógica de relacionamiento social que prioriza el vínculo con los otros como eje fundamental. En el campo de las políticas sociales, distintos enfoques han propuesto repensar la organización de lo social desde una perspectiva que coloque los cuidados en el centro de las decisiones y estructuras colectivas (Palomo, 2009 citado por Butler, 2010).

En ese pensar formas de estar en el mundo, el saber de la psicología nos habilita colocarnos como acompañantes en los procesos de cuidado que permiten sostener la vida psíquica, emocional y social. Un saber que actúa desde sus múltiples formas de práctica, ofreciendo herramientas para cuidar desde la escucha, la contención y la construcción



conjunta, reconociendo al otro en su sufrimiento, pero también en su capacidad de transformación.

Pensar la grupalidad como territorios terapéuticos es comprender que el rol del psicólogo se teje en la trama de los vínculos, emergiendo en la co-construcción de sentidos, en la circulación de la palabra y en la potencia transformadora del encuentro. La grupalidad, pensada como un espacio de intervención terapéutica, es paisaje en movimiento: un entramado de palabras, silencios y afectos donde el psicólogo observa, habita, escucha y se deja afectar. Su rol no es el de un guía externo, sino el de un partícipe atento, comprometido con el devenir del lazo.

Gabriela Etcheverry (2022) señala en su tesis que “los dispositivos grupales implementados en el Portal Amarillo⁸ apuntan estratégicamente a constituirse en ámbitos de acompañamiento y contención en el difícil proceso de descubrimiento y análisis crítico de esas matrices históricas de vinculación tóxica” (p. 131). En consonancia con esta perspectiva, Ana María Fernández (1992) plantea que los grupos terapéuticos permiten canalizar emociones colectivas en un marco de solidaridad, habilitando así formas de elaboración psíquica que trascienden lo individual. Siguiendo a la autora, se concibe este tipo de grupalidad como un espacio donde el psicólogo no ocupa un lugar de poder jerárquico, sino que asume un rol de orientación y dinamización, promoviendo la construcción de vínculos fraternos y habilitando intervenciones desde lo afectivo. Una conformación de lo grupal que persigue el mayor sostén entre sus miembros, disminuyendo el liderazgo centrado en el profesional.

Es consecuente además, reparar en un cuidado previo que implique no pasar por alto las demandas y narrativas, teniendo presente que solo pueden ser pensadas en un interjuego dialéctico con sus protagonistas. El poder pensar en la conformación de un grupo determinado, implica entonces, tener ciertos cuidados con el a priori de sus objetivos y planificación, y entender que son las propias experiencias de los usuarios quienes expresen su devenir. De igual forma se pueden plantear algunos determinantes previamente, como los encuadres, o más precisamente, el hecho de conformar grupalidades compuestas por el acompañamiento de psicólogos, y lo que ello conlleva. Entonces desde allí, debe encontrarse una meta, una finalidad que陪伴e y dé sentido al estar juntos. Nuestras

⁸ Portal Amarillo: Servicios de información, orientación, asesoramiento y tratamiento del consumo problemático de drogas.



intervenciones en pos de asumir el rol de psicólogos, deben buscar trazar alianzas, redes, *faros*. Recuperar deseos, repasar los procesos, identificar obstáculos, fortalecer apoyos.

Esto nos habilita a una posición crítica de cómo pensar las grupalidades. Marcelo Percia (2019) propone concebir espacios donde se resalte la potencia del estar, más allá de los disciplinamientos que imponen los grupos. Quizás lo relevante sea poner en foco los movimientos de distinción entre lo propio y lo de otros, en el hospedaje de las heterogeneidades. Aquello que sucede en el grupo dejará ver lo común en el encuentro, y en lo que se habilita mediante la reflexión puesta en cada singularidad, un común que no es otro, sino el presente.

9

Es necesario observar cómo lo grupal permite dar cuenta que necesitamos de los lazos afectivos, siendo así que adquiere fuerza la frase “nadie se salva solo”. Lo cual toma cuerpo el pensamiento de cómo la grupalidad alimenta el sobrevivir en ese sostener la vida que nos duele. Espacios que son lugares donde las personas al habitártlos generan estrategias para estar en el mundo, estrategias que aunque por tiempos indeterminados traiga calma.



La intervención desde la psicología es una tarea política y afectiva. Es política porque recupera en cada encuentro la ética, los principios que la atraviesan para llevar adelante lo propuesto en cada encuentro. Es una tarea singular, como nos acerca Florencia Montes (2025) de (re) habitar un cuerpo, necesitando contar con un espacio donde ese proceso de singularización pueda tener lugar. La intervención es pensada como afectiva porque se interviene desde el vínculo que se construye cotidianamente entre quienes sostienen la grupalidad, y ese vínculo es siempre desde el despliegue de los afectos.

Al pensar en el rol de los psicólogos dentro de las grupalidades, se evidencian formas de posicionarse que orientan y sostienen los encuentros. Debemos atender que muchas veces quienes participan en los grupos están afectados por múltiples necesidades y dolencias propias que no permiten reparar en los otros. Es así que aparece nuestro rol como psicólogos favoreciendo una mirada desde la multiplicidad, considerando los diversos elementos que comienzan a desplegarse en el espacio. Se atienden demandas estableciendo prioridades, distribuyendo la atención, interviniendo ante los conflictos

⁹ Ilustración: cita atribuida a Paulo Freire, resume su filosofía sobre la importancia de la educación y la liberación colectiva a través de la acción comunitaria.



interrumpiendo violencias, entre tantas otras. Asumir el rol es aprender a leer el ambiente. Se trata de dedicar tiempo a cartografiar los problemas latentes, a pensar estrategias para intervenir, repasar determinadas situaciones que así lo ameriten (Montes, 2025).

Son experiencias que se proponen construir otro tipo de relaciones basadas en una especie de apoyo horizontal (Pérez-Orozco, 2015). Vislumbramos la necesidad de detenernos, de volver a preguntar. En el grupo podemos percibir que no somos los únicos, que hay otros que experimentan sensaciones parecidas. Lentamente percibimos resonancias que permiten sentirnos acompañados donde la relación con nosotros mismos se activa y se acrecienta la relación con los demás (Lee Teles, 2020).

De repente en el encuentro, nos percatamos de que otros se hallaban en las mismas lides, desplegando anhelos libertarios en resonancia con los nuestros. Nos sorprendemos con la aparición de amistades, de nuevos campos relationales, nuevas tramas de comunicabilidad. Aquellos problemas que nos aquejan, si bien se formulan de distintas maneras, guardan entre sí una conexión. Un mismo problema se expresa de distintos modos. Las penas nunca son individuales; al igual que las alegrías, son expresión singular y singularizantes de distintos aconteceres. Y así es como mediante las grupalidades se deliberan y se ensayan, formas de producir colectivamente la relación "ser parte", no a partir de códigos o términos de exclusión sino de algún sentido de inclusión (Gutiérrez, 2024).

Acompañar y sostenerse en la inmanencia del problema. Acompañar el proceso por el proceso mismo. Acompañar y ser acompañada en un momento de la vida, acompañar y ser acompañada para la vida. De eso se trata, también, las grupalidades (Montes, 2025). Consiste en cómo nos acerca la autora, de poner el cuerpo, de vincular desde el afecto, de registrar el deseo, de sostener en el tiempo. De ser, por un momento; *faros*.



Más que una conclusión, lo que no cesa de perpetuar, lo inacabado

No es más que un ensayo, no es más que la exploración de una pregunta, no es más que el recorrido que me permite alojar, habitar y explorar una inquietud, o varias...

En el intento de producir escuchas afirmativas, que se asumen transformadoras desde una ética política y afectiva, se torna necesario detenernos en escuchas que provoquen lo creativo en el intento de imaginar otros modos, otros tiempos, otros mundos, otros relatos; formas de estar en común. Y no sólo de estar, como lo expresa Marcelo Percia (año), también se trata de vivir en común, de pensar en común, lo que termina por precisar como *estancias en común*. De esta forma nos abrimos a la posibilidad de ofrecer refugio y ternura en tiempos devastados. Tales resonancias y sinergias con las que me fui encontrando dieron paso a la oportunidad de bosquejar aquello de lo común que deseé encontrar en algunas de las tantas luces que pasaron por mí. Luces que no llegaron como respuestas cerradas, sino como destellos que abrieron otras preguntas, otras formas de estar, de pensar y de sentir. Diferentes autores compusieron esta amalgama que me permitió volver a pensar.

Annabel Lee Teles (2020) aporta una base fundamental al señalar que nuestra existencia está profundamente marcada por una relationalidad constitutiva, donde los afectos —como la amistad, el amor y las formas de política afectiva— son fuerzas vitales que atraviesan y potencian nuestra manera de ser. En esta línea, lo grupal se configura como un devenir dinámico, un estar-siendo con otros que habilita resonancias, desplazamientos y nuevas configuraciones identitarias. Esta comprensión se profundiza con Suely Rolnik, quien entiende estos espacios colectivos como laboratorios existenciales donde se ensayan formas alternativas de vida. Para ella, el vínculo grupal se libera de las normativas opresivas para basarse en el deseo, el cuidado y el sostén mutuo, enfrentando así las subjetividades fragmentadas y aisladas que impone el poder dominante.

Para comprender cómo estos vínculos impactan en nuestra existencia, la filosofía de Baruch Spinoza resulta clave. Su concepción de la vida como potencia, donde los afectos y relaciones aumentan o disminuyen nuestra capacidad de ser. Nos invita a pensar la interdependencia y la cooperación no sólo como valores éticos, sino como condiciones vitales para la existencia misma. A partir de esta ética de la interdependencia, las reflexiones de Judith Butler (2010) y Marina Garcés (2013) amplían el horizonte al poner en



valor la fragilidad como punto de partida para reimaginar lo vivible. En sus obras, la dependencia mutua aparece como un eje que desafía las estructuras sociales que privilegian la separación y la competencia, subrayando que no hay un sujeto plenamente autónomo fuera de la interrelación con los demás. En sintonía con esta perspectiva, desde un enfoque político y feminista, Silvia Federici (2013) y Sandra Ezquerra (2014) aportan la centralidad de los cuidados como prácticas fundamentales para la construcción de lo común. En este sentido, los grupos que sostienen, alojan y reparan, no solo constituyen espacios afectivos, sino también territorios de resistencia y producción política frente a un mundo que tiende a fragmentar y aislar.

Estas perspectivas nos invitan a asumir la responsabilidad individual y colectiva de reappropriarse de las potencias de cooperación y sostenimiento, no sólo como conceptos teóricos, sino como prácticas vitales que requieren un compromiso activo. Solo así la idea de reappropriarse de la fuerza colectiva vital, será el medio indeclinable para combatir el actual estado de cosas. Se trata de posibilidades de salir del papel y de los sueños utópicos para convertirse en realidad. Pero antes debemos incomodarnos.

Es preciso aminorar la marcha, repensar posibilidades de espacios grupales, aquellos que traen un alivio indeterminado para quienes no encuentran sus *faros*.

En medio de un mundo que nos empuja a correr solos, a competir sin tregua, a desvincularnos, a desconfiar, a convertirnos en proyectos individuales de éxito, a fragmentarnos, a aislarnos bajo la falsa promesa de libertad, a negar la fragilidad, a ocultar el cansancio, a performar fortaleza, aún florecen espacios donde las voces no sólo se encuentran, sino que se escuchan. Lugares donde la memoria no es peso, sino raíz. En el intento de dejar que las memorias respiren, que la ternura tenga casa, que el tiempo se detenga lo justo para abrazar lo vivido. Escuchar(nos), alojar(nos), contar(nos): ahí nace lo nuevo. Que hayan escuchas, miradas atentas, relatos compartidos. Donde nos narremos juntos renace la esperanza de un nosotros que aún puede ser. Lo grupal se ofrece como refugio donde alojar intensidades que necesitan más de un cuerpo.

Las grupalidades abren la posibilidad de reconfigurar lo común entre los seres humanos. En su seno, cada sujeto puede experimentarse de nuevo, permitirse el gesto radical de desconocerse a sí mismo, de suspender las certezas que lo mantienen fijado a una imagen, a una idea. Se trata de simples desacuerdos que permiten a cada quien distanciarse de las ilusiones que lo encadenan.



Estos lazos grupales laten en una ambivalencia vital; se construyen desde una cercanía que no absorbe, desde una distancia que no excluye. Son encuentros fugaces, intensos, que se disuelven justo antes de que se enuncie un "nosotros" cerrado, normativo, totalizante. La grupalidad se ofrece como un espacio para que lo común se reinvente desde una política afectiva. La grupalidad se propone como un campo de posibilidad, donde vivir juntos no implique sometimiento, sino apertura a la transformación y al sostén mutuo.

En este recorrido, me reconozco no sólo como autora de este ensayo, sino como cuerpo y afecto atravesado por los vínculos que le dan sentido. Aquí vuelven a aparecer esas luces que me recorrieron. Esta tesis no está hecha únicamente de conceptos y palabras, sino también de vivencias compartidas, de presencias que acompañaron, de encuentros que sostuvieron. Escribirla fue también la forma de hacer memoria viva de las grupalidades que me han sostenido a lo largo de este recorrido. Compañeras y compañeros de camino, que no sólo pensaron a mi lado, sino que habitaron conmigo cada parte del camino, en pensamiento y afecto. Docentes que acompañaron con generosidad. Una tutora que con su guía paciente, permitió espacios de reflexión crítica, acompañando el proceso de hacer visible lo invisible. Mi familia, sostén fundamental, que desde su amor cotidiano hizo posible que este recorrido fuera vivible.

Todo lo que aquí se despliega no nace de un ejercicio solitario, sino de una trama compartida. Esta escritura es testimonio de una experiencia grupal que no fue abstracta, sino vivida, sentida, encarnada. No hablo solo de los grupos que observé o leí, sino de los que habité, de los que me conmovieron, de los que me ayudaron a seguir. Por eso, esta tesis también soy yo, enredada en otras, siendo en común, haciéndome con otros. Desde ese lugar, hablar de lo común no es una utopía, sino una práctica cotidiana de resistencia. Detenernos. Preguntarnos. Acompañarnos. Escuchar lo que en nosotros todavía no tiene palabras. Cuidar aquellas partes de uno mismo que aún conservan el impulso, la sensibilidad y el deseo de seguir transformando. Abrir espacio para lo nuevo, para lo incierto, para lo diferente. Y hacerlo juntos.

Una grupalidad pensada como experiencia que permite desorganizar lo conocido, abrir preguntas, alojar ambivalencias. Un modo de existencia que acoge la diferencia sin anularla, que reconoce que el otro no es extensión de mí, sino alguien con quien puedo tejer algo nuevo. Lo común, entendido desde estas experiencias, es más bien un movimiento,



una disponibilidad, una forma de estar con otros que sólo exige presencia. Un estar que escucha, que no exige, sino que acompaña.

Aquí, entre palabras y silencios, entre conceptos y afectos, entre autoras y compañeras, dejo testimonio de un trayecto que no hice sola. Que no podría haber hecho sola. A todas esas presencias que caminaron conmigo, en los pensamientos y en la vida, su estar fue parte del tejido que hizo posible este recorrido y le dio forma a lo que aquí logró decirse. En definitiva, esta tesis es una cartografía de esos “nosotros” que me habitan y que habito. Un intento por escribir desde la experiencia, desde la fragilidad que busca sostén, desde el deseo de que vivir juntos sea todavía una posibilidad. Que lo común no sea sólo una palabra bella, sino una práctica vital. Que la potencia no sea sólo una idea filosófica, sino un modo de resistir el cansancio del mundo.



Referencias

- Anzieu, D. (1998). *El Grupo y El Inconsciente: Lo imaginario grupal*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Bang, C., Cafferata, L. I., Castaño Gómez, V., & Infantino, A. I. (2020). Entre "lo clínico" y "lo comunitario": Tensiones de las prácticas profesionales de psicólogos/as en salud. *Revista de Psicología. Tercera Época*, 19(1), 48-70.
- Barrault, O. A. (2007). Los espacios de encuentro en la psicología comunitaria y sus implicaciones en la subjetividad. *Revista de Ciencias Humanas*, 37, 155–167.
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 2000).
- Butler, J. (2006). *Vida precaria: El poder del duelo y la violencia* (M. G. Casado & P. Lorenzano, Trad.). Paidós.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Madrid: Paidós.
- Butler, J. (2012). Vulnerabilidad corporal, coalición y la política de la calle. *Nómadas*, (36), 10–17.
- Dardot, P., & Laval, C. (2013). *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Deleuze, G. (1989). *Lógica del sentido* (M. Morey, Trad.). Barcelona: Paidós.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1993). *¿Qué es la filosofía?* (T. Kauf, Trad.). Barcelona: Anagrama.
- Deleuze, G. (1996). *Crítica y clínica* (J. Sacristán, Trad.). Barcelona: Anagrama.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (2004). *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia 2* (B. Roca, Trad.). Valencia: Pre-Textos. (Obra original publicada en 1980).
- Deleuze, G., & Guattari, F. (2009). *El Anti-Edipo: Capitalismo y esquizofrenia* (J. Vázquez, Trad.). Valencia: Pre-Textos. (Obra original publicada en 1972).



- Etcheverry, G. (2016). Informe Final Proyecto de Investigación: Corredores terapéuticos: dispositivo de transformación subjetiva. Montevideo: CIC-P Facultad de Psicología, UdelarR.
- Etcheverry, G. (2022). *Cartografía del problema de la producción de lo común en la grupalidad* (Tesis doctoral, Universidad de la República, Facultad de Psicología).
- Ezquerra, S. (2014). *El género en el corazón de la crisis: hacia los cuidados como bien común*. Comunicación presentada en las XIV Jornadas de Economía Crítica. Perspectivas económicas alternativas, Valladolid, España.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero: Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid:Traficantes de sueños.
- Federici, S. (2019). *Reencantar el mundo: El feminismo y la política de los comunes*. Madrid:Traficantes de sueños.
- Fernández, A. M. (1992). *El campo grupal: notas para una genealogía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Fernández, A. M., & Del Cueto, A. M. (2000). *Lo Grupal: Historias – devenires*.
- Fernández, A. M. (2007). *Las lógicas colectivas: Imaginarios, cuerpos y multiplicidades* (2.^a ed.). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France (1978–1979)* (M. Bertolini & H. Godoy, Trads.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1979).
- Galeano, E. (2009). *El libro de los abrazos*. Ciudad de México: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1989).
- Garay, A. I. (2001). *Poder y subjetividad: Un discurso vivo* [Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona].
- Garcés, M. (2013). *Un mundo común*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.



Godani, P. (2016). *La vita comune: Per una filosofia e una politica oltre l'individuo.*

Roma: Derive Approdi.

Gutiérrez, R. (2024, mayo 21). *Tramas antipatriarcales por lo común: Ritmos, escalas y horizontes* [Video]. YouTube.

<https://www.youtube.com/watch?v=oss0hyPG5pk>

Han, B.-C. (2014). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.

Herrero, Y. (2016). *Una mirada para cambiar la película: Ecología, ecofeminismo y sostenibilidad*. Madrid: Ediciones Dyskolo.

Jay, M. (2009). *Cantos de experiencia: Variaciones modernas sobre un tema universal* (G. Ventureira, Trad.). Buenos Aires: Paidós.

Laval, C., & Dardot, P. (2014). *Común: Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI* (A. Díez, Trad.). Barcelona: Gedisa.

Lee Teles, A. (2020). *Política Afectiva: Apuntes para pensar la vida comunitaria*. Fundación La Hendija.

López-Gil, S. (2013). *Filosofía de la diferencia y teoría feminista contemporáneas: ¿Cómo pensar la política hoy?* [Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid].

López-Gil, S. (2014). Debates en la teoría feminista contemporánea: Sujeto, ética y vida común. *Quaderns de Psicología*, 16(1), 45-53.

Montañez Fierro, S. (s.f). Dispositivos formativos. El reconocimiento. Un enfoque desde la psicosociología clínica.

Montenegro, M., Rodríguez, A., & Pujol, J. (2014). La psicología social comunitaria ante los cambios en la sociedad contemporánea: De la reificación de lo común a la articulación de las diferencias. *Psicoperspectivas*, 13(2), 32–43.

Montes Paez, F. (2025). *Acompañar es Político: Ensayo transfeminista sobre la situación de calle*. Buenos Aires: abduciendo ediciones.



- Negri, T., & Hardt, M. (2002). *Imperio* (E. Sadier, Trad.). Barcelona: Paidós.
- Negri, A., & Hardt, M. (2011). *Commonwealth: El proyecto de una revolución del común* (R. Sánchez Cedillo, Trad.). Madrid: Akal. (Colección Spinoza).
- Osorio Cabrera, M. D. (2017). *Modos de vida vivibles: Economía(s) Solidaria(s) y Sostenibilidad de la vida.* [Tesis doctoral, Universidad de la República (Uruguay)].
- Pelbart, P. P. (2006). *Elementos para uma cartografía da grupalidade.*
http://desarquivo.org/sites/default/files/pelbart_peter_elementos.pdf
- Pelbart, P. (2009). *Filosofía de la deserción: Nihilismo, locura y comunidad.* (S. García Navarro & A. Bracony, Trads.). Buenos Aires: Tinta Limón.
- Percia, M. (1989). Introducción al pensamiento grupalista en la Argentina y algunos de sus problemas actuales. *En Notas para pensar lo grupal* (pp. 17- 34). Buenos Aires: Ediciones Búsqueda.
- Percia, M. (1989). Apuntes para una escucha psicoanalítica en situación de grupo. *En Notas para pensar lo grupal.* Buenos Aires: Ediciones Búsqueda.
- Percia, M. (2002). *Una subjetividad que se inventa: Diálogo, demora, recepción.* Buenos Aires: Ediciones Búsqueda.
- Percia, M. (2017). *Estancias en común.* Buenos Aires: La Cebra.
- Percia, M. (2019). Entrevista. *Clepios 79: Revista de profesionales en formación en salud mental*, 25(2), 68–71.
- Pérez Orozco, A. (2015). *Subversión feminista de la economía.* Madrid: Traficantes de sueños.
- Rodríguez Arcolia, F. (2021). Los oficios del lazo. Ars operandi institucional para el trazado de cartografías del deseo. *Itinerarios Educativos*.
- Rolnik, S. (2019). *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente.* Buenos Aires: Tinta Limón. (Colección Nociónes Comunes).



Salazar, C. (2011). Comunidad y narración: la identidad colectiva. *Tramas*, 34,

93–111.

Spinoza, B. (1980). Ética: demostrada según el orden geométrico (Trad. Vidal Peña).

Madrid: Orbis. Hyspamérica. (Trabajo original publicado en 1677).

